

La siembra¹

La siembra se realizaba mecánicamente. Papá disponía de varias herramientas para ello.

El trigo se sembraba entre los meses de mayo y junio, excepcionalmente un poco más tarde.

Papá había heredado del abuelo Simón la práctica de evaluar previamente el poder germinativo de la semilla. Ponía una cierta cantidad de granos entre dos bolsas de arpillera húmedas y luego verificaba cuántos granos habían fallado.

La semilla era una parte de lo cosechado el año anterior que se guardaba para ese fin.

Esa porción era procesada en una máquina a la cual se la denominaba “la limpieza”. Se trataba de un equipo clasificador de semilla con zarandas que realizaba una selección por tamaños mucho más minuciosa que la lograda con las cosechadoras.

Estaba montada sobre una camioneta cuyo dueño iba recorriendo las chacras y prestaba el servicio a quienes lo solicitaban.

De ese modo se eliminaban las semillas de maleza. Entre ellas la más común era el nabo, una semillita negra redonda y pequeña de una crucífera parecida a la mostaza. Otra muy abundante era la de enredadera, una planta trepadora que se enroscaba en los tallos en franca competencia con el trigo, pero sobre todo con el lino. A veces también había algo de cuscuta, una planta parásita carente de clorofila.

Esas semillas indeseables se quemaban. Las de enredadera explotaban como el pororó.

Papá tenía una sembradora Deering de alrededor de veinte pares de discos. La capacidad de la sembradora se medía por el número de discos

La tierra había sido previamente preparada, es decir arada y luego rastrillada. La arada, que podía ser simple o doble, se realizaba con un arado de tres rejas tirado por seis caballos; tres adelante, los cadeneros, y tres detrás, los tronqueros. Generalmente la segunda arada se realizaba en sentido cruzado es decir perpendicular al de la primera. En la jerga piamontesa ese tipo de laboreo se designaba “doilaur” (*léase dui laúr*). Aunque el diccionario piamontés consigna “arbufé”, esa palabra nunca la escuché entre los piamonteses de nuestra zona.

Era importante hacer el primer surco bien derecho. Para ello en el extremo opuesto al del inicio se colocaba una “bandera”, esto es un palo con un trapo, generalmente una bolsa, bien visible. Luego el labrador iba manteniendo la dirección tomando como referencia algún yuyo, a fin de no desviarse.

Papá era muy exigente con esa prolijidad. A veces se hubiera podido tender un hilo de punta a punta sin que se detectara la más mínima desviación.

Generalmente se araba con dos arados, uno operado por él y otro por un peón. Si el surco resultaba torcido menudeaban las cargadas.

¹ Capítulo del libro inédito *La Baita de Cespedosio* de Santiago Otto Boffelli Aimaretti. Descendiente de lombardos y piamonteses, nació “en el campo, en una chacra, propiedad de la familia, a unos 5 km al sur del pueblo de Colonia Margarita”, el 4 de agosto de 1928. Cursó los estudios secundarios en Rosario y toda su carrera universitaria en la ciudad de Santa Fe. Paralelamente a sus estudios en la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Nacional del Litoral, asistió a cursos de canto “en carácter de alumno oyente” en la Escuela Superior de Música de la misma Universidad. Realizó luego estudios en la Escuela de Canto del Teatro Colón. Como ingeniero, se desempeñó en distintas empresas nacionales e internacionales que lo llevaron a realizar innumerables viajes por el mundo y a aprender distintos idiomas. Como docente, dictó la cátedra de Física en San Carlos Centro (Prov. Santa Fe) y de Teología, en la Universidad Católica de LaPlata. Actualmente reside, con su esposa María Teresa Martín Amat, en Agua de Oro, Provincia de Córdoba. Su amor por el trabajo y el interés por todas las actividades del hombre, que le inculcaron sus mayores, lo llevaron a rescatar en una *Crónica* (todavía inédita) pasajes de su vida a partir del estudio genealógico de su familia, de donde hemos extraído los capítulos que aquí aparecen. (María Luisa Ferraris)

Una manera de calificar esa calidad era con la frase “*pi stòrt che la gamba da ‘n can*” (más torcido que la pata de un perro) o sino “*drit come ‘l fil*” (derecho como el hilo).

Las rejas se desafilaban, sobre todo cuando por falta de lluvias la tierra se ponía muy dura.

Después de la “dèsgionta” (léase desyunta) a veces la labor del campesino continuaba al lado de la fragua. Aclaro que el término dèsgionta significa la tarea de desuncir los animales. También por extensión equivale a jornada.

Las rejas se calentaban en la fragua y a golpe de martillo sobre el yunque se las estiraba y afinaba para restituirles el filo.

Yo colaboraba tirando del balancín que accionaba el fuelle. Como se usaba carbón de piedra el desprendimiento de algunos gases, sobre todo acetileno, le conferían momentáneamente un olor característico a la herrería.

Era muy importante acertar con el temple. De eso dependía la duración del filo.

La palabra piamontesa “ussé” significa aguzar. En la jerga campesina se decía *ussé le masse*.

El par de discos de la sembradora, que guardaban un cierto ángulo entre sí, abría un pequeño surco en el que caía la semilla dosificada. Luego unas anillas eslabonadas que la máquina arrastraba cubrían el grano tapando el pequeño surco.

La siembra de la alfalfa, que se realizaba más esporádicamente, pues los alfalfares duran muchos años, se realizaba con una sembradora al voleo. La semilla caía sobre una pieza redondeada que transformaba el chorro de los granos en una lluvia.

Detrás de la sembradora se pasaba una rastra y a veces, a continuación un rolo. El rolo consistía de tres rodillos muy pesados de quebracho, pero más modernamente se suplantaba con uno cuyos cuerpos estaban armados con barras de hierro. Se lo conocía como Rosso Leones pues lo fabricaban en el pueblo de Leones de la provincia de Córdoba, donde con el tiempo se instituyó la fiesta nacional del trigo. Los Rosso, hijos de los empresarios metalúrgicos que fabricaban ese implemento fueron compañeros míos en el colegio de los curas salesianos de Rosario.

Esta siembra se hacía en verano, después de la cosecha, pues generalmente para rotar los cultivos y así darle descanso a la tierra, el campesino, después de varias temporadas de cosecha, destinaba esa tierra a la alfalfa.

Siendo todavía bastante chico, calculo que a los 10 u 11 años, yo manejaba la sembradora, tirada por caballos, mientras papá, por detrás, pasaba la rastra.

Recuerdo que terminé de sembrar el potrero y volví a casa, por el camino público, para desuncir los caballos. En la tolva había quedado semilla y yo omití cerrar la salida de la misma, de modo que sembré todo el trayecto, para gusto de los pájaros. La semilla de alfalfa no era barata, pero mi padre terminó riéndose por el incidente.

He mencionado la rastra. Es una herramienta que consiste en una suerte de parrila en la que se insertan unos dientes de acero de unos 20 centímetros de largo. Con el uso esos dientes van perdiendo filo, como sucede con las rejas del arado. Cuando eso sucede es necesario desmontarlos, calentarlos al rojo en la fragua, estirarlos a golpe de martillo sobre el yunque y luego restituirles el temple. Finalmente se vuelven a montar.

En piamontés, yunque se dice “*ancuso*” o “*incuso*” (la u se pronuncia como u francesa y la o se pronuncia como u). La palabra se corresponde con el italiano *incudine*.

No puedo resistirme a la tentación de reproducir una poesía del gran poeta piamontés Nino Costa (1886-1945)

L'ÈRPI Quand ch'a fuma 'n sij prà la nebia bass, e a meuiro an sij moré j'ultime siale sij camp laurà, sëmna da pòch, ai passa l'èrpi ch'a fa tute le preus uguale Lo tiro ij beu. Setà sl'èrpi, 'l paisan ai cissa con l'ujitt...l'aria e grisa, na lama 'd sol a lus d'antans antan.... j'erbo a frisson-o sot la prima bisa. Come la nòta sperssa 'd na canson, as sent lontan èl quat-quajé dla quaja... L'arà l'ha durvì ij sorch, tra ij vataron l'èrpi, an passand, adess a jë sfërvaja. Tuti l'istess. La tèra ciaira ò scura së sfrisa adasi sota ij dent d'assel. Pi aut, pi bass, ij sorch ant la cotura passandie l'èrpi a l'han l'istess livel, e 'l camp l'é mòrt. Ma basta mach na pieuva per fé buté jë smenss dal bon teren. La vita ch'as trasforma e ch'as rineuva torna a pronté l'amsson për l'ann ch'ai v	LA RASTRA Cuando humea sobre los prados la niebla baja y mueren sobre las moreras las últimas cigarras sobre los campos arados, sembrados hace poco, le pasa la rastra che hace todos los caballones (1) iguales Lo tiran los bueyes. Sentado sobre la rastra, el paisano los punza con la picana...el aire es gris, una lama de sol luce de tanto en tanto... los árboles se estremecen bajo la primera brisa. Como la nota perdida de una canción, se siente lejos el piar de la perdiz... El arado ha abierto los surcos, entre los terrones la rastra, pasando, ahora los desmenuza. Todos iguales. La tierra clara u oscura se desmigaja lentamente bajo los dientes de acero. Más altos, más bajos, los surcos en la tierra arada pasándoles la rastra tienen el mismo nivel. y el campo está muerto. Pero basta sólo una lluvia para hacer germinar las semillas del buen terreno. La vida que se transforma y que se renueva vuelve a aprontar la mies para el año que viene (1) porción que queda entre surco y surco
--	---

Nota: como estoy jubilado y me sobra el tiempo me he dado el gusto de presentar esta poesía en otra versión, más apta para chicanos, teniendo en cuenta que los parientes que saben piamontés ya llevan muchos carnavales en la espalda

L'ÈRPI

LA RASTRA

Quand ch'a fuma 'n sij prà la nebia bassa
Cuando humea sobre los prados la niebla baja
e a meuro an sij moré j'ultime siale
y mueren sobre las moreras las últimas cigarras
sij camp laurà, sëmna da pòch, ai passa
sobre los campos arados, sembrados hace poco, les pasa
l'èrpi ch'a fa tute le preus uguale
la rastra che hace todos los caballones (1) iguales

Lo tiro ij beu. Setà sl'èrpi, 'l paisan
Lo tiran los bueyes. Sentado sobre la rastra, el paisano
ai cissa con lújjitt...l'aria e grisa,
los punza con la picana...el aire es gris,
na lama 'd sol a lus d'antans antan....
una lama de sol luce de tanto en tanto
j'erbo a frisson-o sot la prima bisa.
los árboles se estremecen bajo la primera brisa.

Come la nòta sperssa 'd na canson,
Como la nota perdida de una canción
as sent lontan èl quat-quajé dla quaja...
se siente lejos el piar de la perdiz...
L'arà l'ha durvì ij sorch, tra ij vataron
El arado ha abierto los surcos, entre los terrones
l'èrpi, an passand, adess a jè sfèrvaja.
La rastra, pasando, ahora los desmenuza.

Tuti l'istess. La tèra ciara ò scura
Todos iguales. La tierra clara u oscura
sè sfrisa adasi sota ij dent d'assel.
se desmigaja lentamente bajo los dientes de acero
Pi aut, pi bass, ij sorch ant la cotura
Más altos, más bajos, los surcos en la tierra arada
passandle l'èrpi a l'han l'istess livel,
pasándoles la rastra tienen el mismo nivel.

e 'l camp l'é mòrt. Ma basta mach na pieuva
y el campo está muerto. Pero basta sólo una lluvia
per fé buté jè smenss dal bon teren.
para hacer germinar las semillas del buen terreno.
La vita ch'as trasforma e ch'as rineuva
La vida que se transforma y que se renueva
torna a pronté l'amsson pèr l'ann ch'ai ven
vuelve a aprontar la mies para el año que viene

(1) porción que queda entre surco y surco

El poeta menciona el silbido de la perdiz. En tiempos de arada era muy común cazar perdices con el látigo. Arreadas por los caballos las perdices no levantan vuelo y caminan a la vera del arado, Como el látigo es largo, pues los cadeneros están más lejos, con un poco de práctica el arador logra asestar el lonjazo en la cabeza de la perdiz.

El maíz se sembraba con una máquina especial. Las que yo conocí tenían tres pares de rejas ensambladas de a dos en forma de “V”. Al avanzar se abrían tres surcos en los que caía la semilla procedente de tres recipientes cilíndricos. Los plantines nacían y crecían en los mencionados surcos, flanquados por dos pequeños camellones hasta que, oportunamente, con la misma máquina, ya desprovista de los accesorios de siembra, se aporcaban. En piamontés se usaba la palabra “*arcaossé*” (léase arcausé).(2)

Esa operación consistía en dividir los camellones en dos, arrimando la tierra a las plantas que de ese modo quedaban posicionadas en la cima del nuevo camellón que así se formaba. Las hileras resultaban separadas por el nuevo surco.

A veces, recuerdo especialmente con ocasión de sembrar lino, en el rincón del potrero más próximo a la casa, papá esparcía también alguna otra semilla. Así, sin mayor esfuerzo, cosechábamos luego lechuga y nabos. La producción era tan grande que había para regalarle a los parientes.

También se cultivaban en forma un tanto intensiva cebollas, melones y calabazas. Se hacían en lugares no distantes del agua para poder ayudar a las plantas con riego en caso de sequía. Otras verduras se cultivaban en una huerta alledaña a la casa.

(2) Al referirme al maíz cito la palabra piamontesa “*arcaossé*” que podemos traducir literalmente “recalzar”. En castellano empleamos el término aporcar.

El pianmontés hace una reversión de la vocal con la consonante respecto de las otras lenguas romances. Así, en italiano decimos a rivederci, en frances au revuir, en castellano diríamos hasta revernos. El piamontés dice arvedse. El “ri” del italiano se transforma en “ar”

Para dar otro ejemplo cito la palabra arsinun (se pronuncia arsinún), que designa a una sobrecena, o comida que se realiza, en ocasión de las fiestas, algunas horas después de la cena.

Lo cito como una curiosidad lingüística en atención a la parentela piamontesa a la que destino estos relatos.